

AFECTOS Y POLÍTICA EN *MI COLEGIO*: UNA LUCHA AGENCIADA DESDE EL MARGEN

Miquel Bota

(California State University, Sacramento)

La recolección mnemónica que Luis Antonio de Villena lleva a cabo sobre sus días de colegio en *Mi colegio* (2006) se inicia con una llamada telefónica que encuentra a Luis Antonio medio dormido todavía en la cama. Carlos, un excompañero de bachillerato del colegio religioso masculino Nuestra Señora del Pilar de Madrid, lo invita a una reunión de antiguos alumnos pilaristas, consistente en un *Te Deum* seguido de una comida de hermandad. El motivo del encuentro es la celebración de las bodas de plata de la salida de su promoción. Desde el comienzo, pues, el texto se enfoca en la exploración de cuál va a ser la agencia del protagonista de las memorias en su respuesta a lo que un ente externo provoca en él.

A diferencia de lo que Carlos Castilla del Pino considera como «tiradores de la memoria» que nacen del yo de un modo involuntario [1997:12], aquí la llamada telefónica empuja al narrador a hacer una indagación por su pasado en lo que más bien sería un «envite de la memoria». La rememoración, en este caso, es incitada por un factor externo. Luis Antonio de Villena es inicialmente empujado a visitar un pasado en un proceso de sistematización y revaloración que tendrá consecuencias liberadoras.

La exploración del autor viene marcada por dos variables presentes en la propuesta de su antiguo compañero: el espacio del colegio y la relación entre sus alumnos. Esta idea de colegio está compuesta por un espacio físico, el edificio, y un espacio mental, la doctrina docente y los valores católicos. El *Te Deum* tendrá lugar en la capilla del edificio. La relación especial supuestamente colegial, inmune al paso del tiempo que se establece entre los alumnos del colegio

Nuestra Señora del Pilar, los pilaristas, se pondrá de manifiesto con el reencuentro y la comida fraternal. Ambas variables se funden en una simbiosis que representa todo aquello contra lo que Villena quiere hacer una denuncia:

Como colegio religioso y en la edad franquista, El Pilar sólo podía tener una ideología, y casi sin fisuras. Y ésta es exactamente la que tenía. Dios y Patria, esa ecuación que ha terminado por ser lamentablemente para España, como si no hubiese otra. Todo, para decirlo claramente, pertenecía a la derecha, al Orden, a lo establecido, al Como Es Debido [2006:31].

El texto leído de este modo plantea, además de una ilustración de los valores franquistas y su puesta en escena en uno de sus colegios más elitistas y representativos de la época, una reflexión desde el ámbito de las políticas de los afectos, activando, en el momento de dar una respuesta a la invitación, una reacción afectiva del narrador. Lo que en principio parece ser una recopilación de recuerdos y eventos se convierte en la activación de una serie de emociones con una alta carga afectiva que va guiando al narrador y al lector en la búsqueda de un entendimiento que dé sentido a la respuesta negativa del narrador a acudir a la celebración de antiguos alumnos. La decisión inmediata e incuestionable del Villena protagonista se erige como un acto rebelde que va más allá del rechazo a pasar un rato con antiguos compañeros de curso, y que es una repulsa a un modo de ver el mundo y de gestionar lo político-social en la España de la democracia. *Mi colegio* se puede leer, en este sentido, como una declaración de no pertenencia al grupo social al que por defecto debiera pertenecer su autor. Por lo tanto, la contundente negativa a acudir al evento será el punto de arranque de un repaso biográfico por los días que Villena vivió entre las paredes del colegio del Pilar, *su colegio*, que cubre desde su llegada para cursar segundo de bachillerato con once años en 1962 hasta terminar el PREU (curso preuniversitario) en 1968 con casi diecisiete años.

Durante el transcurso de su narración, el escritor va a desarrollar una toma de conciencia a través de un recorrido por sus estados afectivos en los que las emociones terminarán por actuar como revulsivo de activación política. En un viaje del púber al adulto y viceversa, Villena rememora una experiencia escolar transitada desde el margen de lo *comme il faut* que va a cuestionar la validez, a pesar de su reconversión y pervivencia, de un modo de entender el papel de los hombres y, por defecto, de las mujeres en el mundo. Esa toma de conciencia va a ubicar tanto al autor como al lector en un activismo político y también afectivo en el que, al cuestionarse el

machismo y la homofobia de la década de los sesenta, es invitado a tomar acciones para que no perviva en el siglo XXI desde el que Villena recuenta sus vivencias adolescentes.

Brian Massumi reflexiona sobre el concepto de la política de los afectos partiendo de las ideas de Baruch Espinoza, quien entiende afectos como el poder de afectar y de ser afectado, representando dichos afectos, por lo tanto, como un proceso relacional en el que hay dos componentes: uno activo, quien afecta, y uno receptivo, quien es afectado. Massumi defiende que:

To affect and to be affected is to be open to the world, to be active in it and be patient for its return activity. This openness is also taken as primary. It is the cutting edge of change. It is through it that things-in-the-making cut their transformational teeth [2015:ix].

En *Mi colegio*, un Villena que regresa a sus años de bachillerato narra ese juego mutuo de afectividad entre individuo (el yo) y entorno (compañeros y profesores) desde un lugar muy concreto: el del que se siente y se muestra diferente a la mayoría. Desde esta posición, en principio de desventaja, va a ir desgranando la lucha de fuerzas afectivas que van a guiar su vida en el colegio y a dejar un poso en el Villena adulto. Como el mismo autor señala justo al comienzo de su relato: «Qué rara ave fui yo, en él [el colegio], sobre todo al principio» [Villena 2006:9]. Esta afirmación es una declaración de principios que sitúa al lector en una posición en la que va a tener que tomar partido dejándose afectar por lo que le propone Villena: o bien concluirá al igual que él que el modo de operar que la historia recrea merece censura y cambio; o, por el contrario, se distanciará del narrador para reafirmar el modelo patriarcal al que ataca Villena. En esta averiguación, el lector va a tener que implicarse en esa toma de posición que lo va a dejar en un lugar u otro del tablero. Villena presenta solamente dos opciones: o conmigo o contra mí. En esta dicotomía, el lector, en consecuencia, o está con la víctima o se convierte en victimario. Esta dualidad es también un modo directo que tiene el narrador para increpar la conciencia del lector y levantar sus acciones.

El orden en el que va contando sus experiencias —que, en principio, puede parecer caprichoso pero que tras una revisión detenida convierte al colegio en un lugar de memoria, según los preceptos de Nora— y la forma testimonial con la que el autor va diseminando sus recuerdos funcionan como un alegato convincente que, de un modo velado, pide una acción, una respuesta ante esa casta de hombres formados y conformados por unos valores y una prepotencia semicontenida de elite en tránsito. No es casual que quien hace la llamada que sirve

como activador del proceso sea hijo de un militar hacendado. Carlos es un tipo simpático que encarna la herencia de la cara vista del franquismo, la que pasó del falangismo a negociar con los Estados Unidos, la de los tecnócratas del plan de estabilización aplicado en 1959. Carlos simboliza un «nuevo» hombre que, siguiendo el modelo de sus antecesores —aquellos que de la mano del dictador/*caudillo* recondujeron España de la autarquía al desarrollo—, va a tejer el entramado legal y social de la nueva democracia de la mano del rey Juan Carlos I, en la integración completa del país al eje de occidente. Ese «nuevo» hombre es el que va a protagonizar y condicionar la transición democrática desde dentro y que seguirá rigiendo la vida política española en el siglo XXI.

Desde esta lectura, Villena no solamente les está enmendando la plana a los pilaristas de pro, sino a todos aquellos que son asimilables a ese modelo de hombre de derechas que despide el siglo XX todavía desde la centralidad (en el sentido de que tienen y ejercen poder) y entra desde ese mismo lugar en el XXI. Resalto, pues, una lectura política del texto de Villena, en la que el análisis de las emociones se torna un termómetro de un activismo político revolucionario en contra de un sistema patriarcal capitalista enfocado en la figura de sus prohombres, cuyo botón de muestra, para Villena, se reúne en las aulas de una escuela clasista que forma a las elites del país. Es importante señalar aquí que, en el texto, Villena, además de enfocarse en sus experiencias, al mismo tiempo y de modo complementario, revisa a otros pilaristas ilustres de la España de la democracia, como el expresidente del Partido Popular y del gobierno de España José María Aznar, y el filósofo e intelectual Fernando Savater, personajes importantes y de referencia en la España actual, a quienes dedica sendos capítulos: «Aznar y el colegio» y «Savater, un alumno mito».

Siguiendo un estilo pulido y elegante, Villena dibuja un semblante (in)acabado de sus compañeros de escuela, en el que no se ataca su ideología política, sino una especie de empeñamiento en seguir unos valores que postergan de modo disimulado una ideología franquista discriminatoria y totalitaria. En esa diatriba se muestra una toma de posición que va más allá de una impresión personal y que se convierte en una crítica al sistema.

Gran parte de los estudiosos de la obra de Villena (Conte, Delgado, Bousño) ha interpretado su trabajo como elitista y rebelde, orientado a un malditismo preciosista que se adentra en lo subversivo. Así lo explicita, por ejemplo, Rafael Conte cuando argumenta que «sus narra-

ciones se basan en su propia memoria, pero no en la memoria de su propia vida, que también, sino en la de sus lecturas, sus recuerdos, en los libros que ha leído y en los que ha imaginado» [1990:40]. También Fernando G. Delgado, en su revisión de *Huir del invierno* (1981), corrobora ese carácter insurrecto al afirmar: «La voz de Villena es, sin duda, la más subversiva de cuantas han surgido, algunas muy valiosas, en el panorama social que nos ha tocado vivir» [1981:45]. Sin embargo, no se ha percibido hasta el momento una función de agitación social en un sentido más beligerante al que se puedan unir no solamente las *raras avis*, sino todos aquellos que no se sientan representados por los valores y las acciones de un grupo privilegiado que, sin mucha reflexión, decide qué es censurable y qué no lo es en la sociedad en la que viven.

Cabe destacar que ese activismo al que me refiero ha necesitado del paso del tiempo, de la revisita mental al espacio (el colegio) y sus eventos (el maltrato), del adulto hacia el pasado, para trascender la individualidad y tornarse colectivamente proactivo. El paso del tiempo es un requisito para poder analizar lo ocurrido años atrás, porque esa distancia permite al narrador encarar lo que fue doloroso con la fuerza que le ha otorgado la evolución legal y política del país.

Además de la ya mencionada señalización de su diferencia, Villena deja otro elemento muy claro en la apertura de su memoria: lo difícil de su experiencia en El Pilar. Así lo demuestra al afirmar:

Porque me había dado cuenta—con una profundidad que en su momento no supe—de lo infeliz que yo había sido en él, y cuántas cosas habían empezado a quedar rotas en mí durante su tiempo. Cuánto daño, íntimamente, me había venido de sus días, y qué mala fue su sociedad y su época [2006:9].

Esas «cosas rotas» a las que se refiere se manifestarán con emociones negativas que él tratará de reconvertir para poder seguir adelante y superar la prueba del paso por un colegio que siente amenazante desde su posición de joven de doce años y censurable desde su condición de adulto.

En su análisis sobre el primer trabajo autobiográfico de Villena, *Ante el espejo* (1982), Robert Richmond Ellis remarca la declaración del autor de cortar con el niño que fue como un modo de quebrantar el pacto autobiográfico y desligarse de los condicionantes de este:

In fact, Villena breaks the so called autobiographical pact, according to which author, narrator, and protagonist are identical (Philippe Lejeune 15), and dissociates himself from his autobiographical

persona. He does this in "un intento de cortar, de independizarme por completo del niño y mucho que fui y gritarle en la distancia: '¡Ya no me perteneces!' (131-32) [1995: 321].

En *Mi colegio* no solamente no se produce este rompimiento, sino que lo que pretende es una línea de continuidad entre el adolescente que se abre a la vida y el adulto que la transita todavía sin algunas de las ventajas del hombre que se ubica en la centralidad del sistema. La necesidad de hurgar en el malestar emocional sufrido durante el período escolar para encontrar las causas de inseguridades y limitaciones posteriores es la que invita al lector a establecer un pacto con el autor de acción/reacción más allá de la confiabilidad autobiográfica que, en este caso, no es cuestionada. Los veinticuatro años que transcurren entre la publicación de las dos obras, *Ante el espejo* y *Mi colegio*, que van de los treinta y uno del escritor a sus cincuenta y cinco, marcan un cambio en el compromiso con el género forjado por la necesidad de causar un impacto social en el que el viaje individual del Villena adolescente hasta el Villena adulto sea además de un ejercicio de liberación autoral un tránsito de activismo compartido por los lectores.

Villena no reivindica, sin embargo, el activismo bélico que dominó las calles del Madrid del tardofranquismo (momento que no cubre la narración), sino más bien un activismo ideológico dirigido en contra de una «nueva» elite que se ha recolocado para actuar a la vez como desheredada-heredera del franquismo y continuar así dirigiendo la vida político-económica del país. Su rechazo se dirige al corazón de la génesis de lo patriarcal en el capitalismo, en su forma española de los sesenta del pasado siglo, en cuanto que es la matriz de conformación de aquellos que ostentan el poder al comienzo del siglo XXI y que se forjaron en los pasillos de la escuela. Partiendo de un pormenorizado repaso a profesores, curas y colegas, Villena hace un retrato de los modos de ser hombre de la década de los sesenta del siglo XX, que impacta y perdura en el modelo de masculinidad de la elite dirigente del siglo siguiente. La mayoría de esos tipos de masculinidad oprimía y censuraba al diferente en su proceso de manifestación.

La opresión de aquellos que se ubican en la centralidad sobre aquellos que quedan en el margen es la causante de una producción reactiva de emociones y de su resonancia social. El «afectar y ser afectado», el «estar abierto al mundo» y «el ser a la vez paciente ante su respuesta», que defendía Massumi como características centrales de los afectos, se muestran aquí de modo eminentemente negativo. La fuerza de cambio social se formará desde emociones que generarán transformación desde lugares de oscuridad. Ya sea desde la tristeza, la resignación o la

rabia, las emociones que quitarán o darán fuerza a las acciones del narrador son elementos centrales en su función de agitador político-social. De acuerdo con Sianne Ngai: «Literature may in fact be the ideal space to investigate ugly feelings that obviously ramify beyond the domain of the aesthetic proper, since the situation of restricted agency from which all of them ensue is one that describes art's own position in a highly differentiated and totally commodified society» [2005:2].

En este sentido, Villena asocia emociones como la envidia o la irritación, emociones alienadoras, a los compañeros que habitan el centro social, y se atribuye la rabia o el gozo en su estado de conciencia desde el margen. De este modo, convierte a los triunfadores en seres alienados e insolidarios, y a los perdedores, en agentes de cambio capaces de experimentar un cierto estado de *bliss* desde el cual construir un espacio de libertad real antes de la llegada de la democracia. Se trata de un *bliss*, un bienestar entendido en los términos establecidos por Hans Ulrich Gumbrecht, es decir, un estado mental de plenitud positiva desde el que crear, en el que el individuo experimenta una falta de fricción entre el yo y el mundo que, en el caso del Villena púber, es un mundo proyectado. Es desde ahí desde donde la víctima se gestará como agente de cambio, tal y como expone Paolo Virno: «Insecurity about one's place during periodic innovation, fear of losing recently gained privileges, and anxiety over being 'left behind' translate into flexibility, adaptability, and a readiness to reconfigure oneself» [1996:14].

Villena no solamente reivindica el mérito de aquellos que son manifiestamente diferentes, sino que cuestiona la legitimidad de aquellos dirigentes que se convierten, con la llegada de la democracia, en defensores acérrimos del «nuevo» régimen político y de la Constitución del 78 y que van a reclamar un espacio de centro en el espectro político. Tal y como el narrador expone:

Confieso que desde el final del franquismo ... sólo he tenido—y tengo todavía—desdén por esa vieja y dañina derecha hispana, nunca reconvertida; pero por lo mismo, he deseado la aparición de una derecha española verdaderamente nueva ... Por supuesto que esa nueva derecha nos sería muy beneficiosa a todos, aunque yo tampoco me apuntara a su carro [Villena 2006:62].

Durante el recuento de sus vivencias como púber en el colegio del Pilar, Villena da una reprimenda a un tipo de varón que, de un modo más o menos amable, en su vinculación a los grupos de poder encarna una forma de hegemónico masculino «*made in El Pilar*» que abandera la flor y nata del hombre triunfador en la España del siglo XXI. Además de Aznar y Savater, Villena recuerda que los pilaristas han sido y son todavía prohombres protagonistas de la transición y

la democracia, haciendo referencia a otras figuras como Javier Solana, Luis María Ansón, Alfonso Ussía, Juan Luis Cebrián, Luis Alberto de Cuenca, Javier Pérez Rubalcaba o Jaime Lissavetzky. Cabe puntualizar que no todos los pilaristas pertenecen al grupo de opresores detestables, sino que existe, para suerte del Villena joven, un pequeño grupo que ejerce de contrapunto, a pesar de que esas figuras son muy limitadas y sus acciones también, porque casi todos terminan suscribiéndose a esa camaradería a la que se deben. Del pasado, lo que destaca es una gran masa conformista que al final formará parte del grupo opresor por su tolerancia. Villena lo explica de un modo explícito cuando hace referencia a los episodios en los que es agredido por la minoría más violenta, cuyas acciones no tienen respuesta por parte de la mayoría no violenta pasiva:

No por todos, desde luego, en realidad sólo por una minoría agresiva, a la que sin embargo (y acaso por su misma agresividad y en ocasiones brutalidad y fanfarronería físicas) el resto no oponía o casi nunca opuso resistencia. Lo de la *mayoría silenciosa*—expresión que básicamente debe ser peyorativa—debí yo conocerlo entonces ya y poder declarar, desde ahí, su ridículo. Pertenecer a la mayoría silenciosa, debía haber dado vergüenza. Debería seguir dando vergüenza [2006:49].

El tema por excelencia que va a separar a los dos grupos de chicos en el colegio es su *performance* de la masculinidad. El no actuar de un modo marcadamente masculino, según el patrón del hegemónico masculino del momento, condenará al que no cumpla a la marginalidad y al oprobio. Esa *mayoría silenciosa* permite, pues, el abuso y la pervivencia del sistema opresor y la persecución y condena de la manifestación de la diferencia, tal y como pone en evidencia el narrador cuando afirma:

Pero como yo fui también insultado y ofendido, porque me consideraron distinto, diferente, afeminado—la sexualidad o presunta sexualidad marcaba terriblemente en un territorio tan machista—, recibí también, o me la impusieron, la mirada y el saber de los parias, el punto de vista de los acusados y otros [Villena 2006:17].

Villena, que está repasando emociones encapsuladas muchos años atrás como adolescente, narra lo que, en términos del momento en el que escribe sus memorias, se consideraría un caso de *bullying*: «Un niño púber al que algunos de sus compañeros miraban con agrio recelo—por tímido, por íntimamente distinto—y le insultaban al pasar (la célebre palabra abyecta) o le ponían la zancadilla entre risitas vulgares o le pegaban un par de capones en el lavabo» [2006:46]. Este es un claro ejemplo de acoso normalizado en el que la víctima, en el momento en el que lo sufre, no quiere justicia, ni venganza. Idealmente, lo que desea es ser ignorada,

pero como sabe que eso es muy difícil, por lo menos anhela resistir sufriendo lo menos posible: «Aguantar, pues, como fuera, tratando de protegerme, como fuese posible con quien fuera posible» [Villena 2006:46]. Villena expone que como adolescente solamente pudo reaccionar ante las agresiones, y es como adulto, escritor y pensador consagrado como puede ser proactivo y levantarse en contra de las injusticias cometidas e invitar a sus lectores a hacer lo propio.

En el Villena escolar, el cuerpo va a mostrar esa ansiedad y la mente lo va a tener en un estado constante de vigilancia ante los posibles ataques que surgen desde el exterior, de sus compañeros, que representan un machismo combativo. Tal y como explica:

El machismo tenía y tiene por enemigo más claro, en cualquier supuesta diferencia, a la femineidad. Cualquier inclinación hacia lo *suave* (en su más generoso sentido) era afeminación, y ese supremo interdicto—bendecido repugnantemente por la Iglesia cristiana—tenía y tiene una voz infamante e injuriosa (abyecta) que pretende con increíble crueldad—bendecida repugnantemente por la Iglesia católica—marcarte para siempre, si no te ocultas o corriges, en un reducto de lo paria, que la Historia terminó, en ocasiones, por volver prestigioso—prestigio que los insultantes ignoraban e ignoran—y ese nombre era y sigue siendo: *marica*. Ahí se cifraba la infamia y ahí comenzaba y se disculpaba todo. La voz contenía todos los horrores y todas las causas [Villena 2006:49-50].

El Villena adulto concluye que el cambio es solamente posible con la denuncia de una manera de entender el mundo conformada por una elite que puede presentarse como amable y dialogante, pero que esconde unas creencias que se forjaron en los pasillos de edificios como el de su escuela, espacios reaccionarios, y que tarde o temprano van a acabar resurgiendo en aquellos que todavía se vinculan con orgullo a la institución en la que fueron puestas en práctica ya en los primeros años de la adolescencia. Todos aquellos que no actuaron cuando alguien como él era perseguido y que prefirieron ignorar una realidad incómoda son responsables de que el cambio real no se lleve a cabo. No es casual que el capítulo que dedica a José María Aznar haga precisamente referencia a este hecho:

Aunque hoy me resulte un hombre antipático y de aires despóticos, aunque crea que ha hecho mucho daño a la derecha española ayudándola a volverse más dura, y aunque vea—con horror—que pretende ser uno de los líderes y hasta ideólogos de esa corriente paleoconservadora, que sin apear de la boca las palabras *democracia* y *libertad* (que de hecho ellos reducen o vacían de contenido) intentan llevar, retrotraer al mundo a lo que fue antes de la modernidad, acérrimos enemigos estos líderes de cualquier modernismo, aunque crea por tanto que me equivoqué o que él supo engañarme bien, o sólo que el personaje (ahora meloso amigo del vaquero Bush) ha cambiado

ayudado por el Poder, debo confesar que el primer día que conocí a José María Aznar y almorcé con él, me cayó bien [Villena 2006:61].

El proceso de toma de conciencia, por tanto, ha tomado tiempo en Villena: poder pasar del «me cayó bien» al «acérrimos enemigos de cualquier modernismo» es el recorrido de una senda que lo ha llevado a la proactividad antes mencionada. La influencia de «esos pasillos» y del sentimiento de «colegialidad» entre los pilaristas son tan fuertes que, incluso al final de su estancia en el colegio, el propio narrador será víctima de un fenómeno que le hará reconocer ciertas bondades de la escuela, algo a lo que Villena solamente podrá darle la vuelta en su «recolección» mnemónica, gracias a la cual pasará de ente reactivo a ente proactivo. El cambio, de todos modos, tomará muchos años y la escritura de *Mi colegio*. En sus días en El Pilar, Villena no va a vivenciar los eventos que recuenta de adulto como un ser poderoso. Como un chico de doce años tímido y que se sabía diferente, Villena vivió sus interacciones con docentes y compañeros desde un lugar dependiente. La mayoría de sus profesores ejercía su labor pedagógica desde una posición de poder. Así, en el recuento que hace de sus supervisores, los retrata como representantes más o menos victoriosos de dos modelos de masculinidad imperante: uno central, el del hombre católico heterosexual, y otro ceñido al ámbito religioso, el del secular de sexualidad ambigua. En ambos casos, las apariencias jugaban un papel fundamental. Desde el «profesor más temible y temido que yo recuerdo» [Villena 2006:20], don José Luis, profesor de matemáticas en tercero y cuarto de bachillerato, a quien describe como hombre seco y riguroso dominado por una acritud aterradora y que castigaba y regañaba por la menor nimiedad; hasta don Jenaro, profesor de francés, a quien califica de bruto, auténtico zoquete y terrible profesor que usaba la violencia de modo impune: «Ciertos días, don Jenaro (aburrido del juego del cepillo) se volvía más tradicional. Entonces llamaba a los alumnos que habían fallado la lección, les agarraba de un brazo—de pie—y comenzaba a darles cachetes y golpazos, con su mano dura [era jugador de pelota vasca], en el cuello o en la cabeza» [Villena 2006:29]. El repaso de las actuaciones de los docentes refleja siempre el dominio intransigente y la fidelidad a unos principios inmutables (pero también una arbitrariedad en su aplicación) que se establecerán como modelo para los pilaristas que liderarán la España del futuro. Ese modo de actuar no será cuestionado por quienes lo sufren, sino que, por el contrario, será refrendado como única forma de mantener el orden.

Sus compañeros, copiando el modelo de los profesores, también se manifestaban en torno a dos ejes, el de los homófobos violentos y el de la mayoría silenciosa. Todos ellos, adultos y menores, interactúan en una maraña de sentimientos «feos» avalados por los credos religioso, político, legal y social.

En sintonía con las ideas de Ngai, en las que esos sentimientos negativos deben ser examinados en su contexto cultural, que los carga o los expone de un modo concreto, dándoles o quitándoles relevancia, Villena se cuestiona las causas de esos sentimientos y sus conductas en los profesores, tal y como antes ha hecho con sus compañeros:

¿Qué les ocurría a todos estos hombres de Dios, ya más adultos? Habían vivido en un país atrasado y torpe, desde luego. Pero ¿acaso también la represión que los castraba salía de ellos, sin quererlo, en forma de agresividad o de trastorno? ... Dureza, gestos desgarbados, cabezas mal ubicadas, melancólicos tics desligados del control mental [2006:29].

Ofrece, de este modo, una valoración que describe el carácter trastornado de esos otros que, en lugar de formar y proteger, confunden, atemorizan y castigan. Define al *otro* como el perturbado, pero que aún en su agresividad la melancolía que lo impulsa como perpetuador de un sistema injusto y cruel que genera una terrible ansiedad en el joven Villena. En este estado se conforma una dialéctica entre lo que es objetivo y subjetivo, y sus manifestaciones externas, tal y como postula Ngai:

In the form of a dialectic of inside/outside, the subjective/objective problematic will likewise haunt Heidegger's and Hitchcock's strikingly similar conceptions of 'anxiety,' and will motivate the spatial fantasy of 'thrownness' that sustains the affect's intellectual aura and prestige. In the form of a tension between psychological interiors and bodily exteriors, the subjective/objective problematic will become similarly integral to the affect of irritation [2005:21].

La ansiedad del joven se vuelve deseo de venganza en el adulto que convierte su miedo y su dependencia en rabia y prepotencia: «deseo que más de un mal les haya salpicado en la vida, y que alguna vez, desesperados, hayan pensado o considerado que ese mal no definitivo, por supuesto, era mi venganza y procedía de mí» [Villena 2006:51]. Es interesante señalar aquí que la ansiedad es generada por actitudes violentas que tienen que ver con el *tánatos*, y no con el *eros*. Aunque Villena entiende que el deseo sexual del adulto hacia el púber es moralmente cuestionable, como sucedió con el caso de don Gregorio, profesor de griego de quinto de ba-

chillerato, o con don Francisco, profesor de Historia Sagrada y Lengua Española en segundo, el autor matiza que ese deseo no comportó ni miedo ni ansiedad:

Yo viví y sentí esa pederastia (la sentí como una benigna extrañeza) pero nadie me hizo lo que se dice daño. Nadie. Nada me importa repetirlo, y hasta veo como una obligación grata el hacerlo: mucho más daño me hicieron, y en profundidad, los salvajes e hispídos compañeritos que me insultaban, que don Francisco, aquel pobre marianista que alguna vez me acarició los muslos [Villena 2006:79].

La conclusión del Villena adulto es, por tanto, que esas acciones no lo traumatizaron. Es más, culpa al orden social del momento, que no permitía vivir el deseo sexual de un modo saludable: «Claro que no era malo, pero no había sabido ni quizá podido guiar sus instintos en una sociedad—de ello no me cabe la menor duda—mal hecha. Y no solo para él y los suyos» [2006:88].

Solamente un adulto y un compañero merecen recuerdos positivos, siendo las dos únicas personas cuya actuación reconoce como ética durante su experiencia pilarista. El adulto es don Rodolfo, personaje a quien dedica un capítulo («Don Rodolfo y la revista»), pero del que cuenta poco y al que le reconoce una autoridad moral superior, y quien a su vez reconoce a Villena como alguien especial. El compañero es Tomás Andrés y en el capítulo que le dedica («Mi único amigo»), Villena describe un modelo diferente de masculinidad, inclusivo, que sirve como contrapunto a todos los que ha ido dibujando hasta el momento y que seguirá retratando en lo que queda de narración. Villena señala que Tomás Andrés, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, no pertenecía a una familia rica o de linaje, que detestaba el deporte (el fútbol especialmente) y amaba la literatura.

Todos estos hombres van a suscribir un determinado modelo de masculinidad. En el proceso y la acción de la manifestación de dicha masculinidad interactúa un juego de poder en el que se está replicando el modelo social imperante, y en el que hay básicamente dos posibilidades: los que luchan por estar en la centralidad machista y homófoba promovida por el régimen franquista y los que quedan al margen de esta; continuistas unos, rebeldes los otros.

Es relevante que el cuarto apartado del libro tiene por título «Aparece una víctima: yo». Si hasta el momento Villena ha reflexionado sobre el colegio, tanto del edificio (ubicación, diseño y estilo) como de los contenidos que en él se enseñaban, y sobre los profesores marianistas (se-

culares y seculares), en este punto se coloca bajo el foco para explicar cómo estructura y personas afectaron al joven que deambulaba por los pasillos y las aulas entre profesores y otros alumnos. He señalado anteriormente el estado de cierta dependencia que sufre el joven Villena, esa situación asimétrica de poder que causa la pasividad del púber. Ngai defiende que:

These situations of passivity, as uniquely disclosed and interpreted by ignoble feelings like envy (of the disempowered for the powerful) or paranoia (about one's perceived status as a small subject in a "total system"), can also be thought of as allegories for an autonomous or bourgeois art's increasingly resigned and pessimistic understanding of its *own* relationship of political action [2005:3].

Ese desequilibrio se vería truncado con la reacción de Villena ante la invitación de su antiguo compañero de curso y también con la escritura de unas memorias reivindicativas que, en todo caso, lo que provocan es un llamamiento a la acción.

Si en *Ante el espejo*, tal y como describe Robert Richmond Ellis: «he ultimately represents himself not as a victim of an ontological theft but as an agent of his own difference» [1995:321], el joven que protagoniza *Mi colegio* es una víctima de la crueldad y la ignorancia de sus compañeros. Aquí Villena quiere enfatizar el peligro de inoculación de los agentes externos que, en sus agresiones al joven, van a dañar también al adulto y, si bien es cierto que desde su llegada, y tras dos años iniciales bastante duros, con el paso del tiempo se irá haciendo un lugar en el colegio desde el margen, nunca dejará de sentirse amenazado por unos valores que la mayoría de sus colegas se empeña en poner en práctica a la mínima ocasión que surja.

En la última parte del texto, «El reino y el exilio», Villena medita, en sus párrafos iniciales, sobre su sentimiento de «triunfador» experimentado especialmente durante su último año en el colegio, el de PREU, que contrasta con todo lo narrado anteriormente. Es este un elemento relevante, en tanto que ejemplifica cómo el sistema lo «integra» a su modo cuando él puede canalizar su «diferencia» en algo que es tolerado por el hegemónico masculino: su cualidad de letraherido. Si el amaneramiento se puede vincular, ya no a una orientación sexual, sino artística (siendo esta siempre bien canalizada), el paria deja de serlo para convertirse en un excéntrico tolerado. Sin embargo, es esta una aceptación irreal que coloca a Villena como miembro de la mayoría silenciosa que tanto ha detestado. El propio narrador, poco después en el mismo apartado afirma:

Raro es quien no se autoengaña—debe de ser el mal más extendido de todos—y aunque, en buena medida, haya que disculpar el autoengaño, pues mucha gente sin autoengaño se desesperaría y sus daños y cuitas se le volverían montañas y asperezas, lo cierto es que el autoengaño puede ser tan dañino como inevitable. Y yo, involuntariamente, no sé cuándo, me autoengañé también, pues a partir probablemente de mis dos últimos años pilaristas, tiré al pozo, bien envuelto en un áspero saco, todo el horror y el desdén que yo había vivido y soportado—día tras día—en mis años primeros de colegio. La dura soledad y el acoso brutal de unos cuantos salvajes pseudomachos [Villena 2006:154].

Ese despertar, ese darse cuenta de lo que en verdad fue su experiencia en El Pilar y las conexiones que tiene con el adulto que es, con su dolor y su rabia, llevan también a Villena a hacer la conexión de los valores que tanto lo maltrataron con la idea de imperio, como gestor de ese modelo patriarcal sobre el que tanto implícita como explícitamente reflexiona en las memorias. Villena vinculará de manera evidente el colegio del Pilar y a los pilaristas con el cogollo del imperialismo. Ya cuando describe el edificio marca claramente la asociación entre imperio y pilarista: «Pensaba yo—o pensé después—en Dickens, en la Inglaterra de Dickens. De hecho porque sé que el estilo neogótico en ningún lugar de Europa triunfó tanto como en Londres y Madrid» [2006:15]. También las más duras prácticas pedagógicas se vinculan al mayor de los imperios: «Pues muchos curas y religiosos—esa práctica nunca la vi en el instituto—pegaban. Los pedagogos severos nunca le hicieron ascos al castigo físico. Y era sabido que, eso mismo, en Gran Bretaña, parecía propio de las instituciones más elitistas» [Villena 2006:23].

Otra vez, violencia (en este caso física) e imperio van de la mano para imponer sus visiones. El Villena adulto se opondrá a ese modo de entender la educación y el orden social repetidamente ya desde el principio del recuento, cuando concluye sobre su negativa a participar en el encuentro: «Yo ceno tan sólo con filibusteros» [2006:11], y que hace referencia al uso del término filibusteros (rebeldes filipinos en la más lamentada guerra del imperio español por la literatura contemporánea). De este modo, asimila a los pilaristas de pro con el imperio, y a este como su propio enemigo. Es una declaración de principios, aunque a la vez una muestra de sus acciones. Su opción de no acudir al evento, de «negarse a», lo define como agente reactivo, sin embargo, el hecho de escribir unas memorias como una larga respuesta justificativa de esa decisión lo catapultan como agente activo. Esa acción, que tendrá mucha más repercusión que la previa de su antiguo colega, y que invita a aquellos que lean el texto a reaccionar activamente

también ante los pilaristas y sus pares, convierten *Mi colegio* en un texto de conciencia y acción políticas.

Más allá de un lamento reactivo, de la queja de una víctima, *Mi colegio* se erige como el grito de guerra de un rebelde con causa que busca el apoyo de su tribu. Como el autor mismo defiende: «yo sabía bien que, ... el mundo del Orden ni ha sido ni es mi mundo, y que ya nunca jamás lo sería» [2006:77].

La asimilación del edificio del colegio con los valores artísticos y morales del reinado victoriano junto con el hermanamiento de Villena con los filibusteros presentan los dos polos que enfrentan la reivindicación y el rechazo al imperialismo. Londres y Madrid, como emblemas del neogótico, se alzan en su función de metrópolis de un modo capitalista–patriarcal de entender la civilización y los filibusteros representan a los que se rebelan, Villena entre ellos.

En su conclusión, Villena expone de modo explícito su deseo de acción y cambio en contra de un orden social que considera castrador y perjudicial en un llamamiento a abolirlo: «Mi odio pues (veraz como fue) se ha mudado, razonablemente, en este deseo de transformación: abolir la sociedad que hizo posible que un muchachito como el que yo fui fuera acosado y golpeado, a veces—y en aquel medio altoburgués—sólo por parecer distinto» [2006:156]. En un invitación a levantarse a quienes todavía no lo han hecho en contra de una ideología de derecha reaccionaria que surge con el nuevo siglo termina su narración con la afirmación: «Quienes al hablar de ti, colegio, te bendicen, aún no han comprendido. Aún necesitan ver llegar el futuro. Aún están y andan oscuros, aunque lo ignoren. Aún tiznan, sin saberlo. Aún» [Villena 2006:158].

En *Mi colegio*, Luis Antonio de Villena se aleja de la premisa que marcó su narrativa autoficcional, iniciada en *Ante el espejo*, donde en el prefacio se hacía eco de unas palabras de Rousseau en las que el autor reconoce que los lectores de esas memorias no tienen mucha necesidad de leerlas, pero él sí de escribirlas. En el caso del repaso de sus años en El Pilar, su colegio, y debido a esa beligerancia política que defiende, la necesidad de contar no es suficiente, es primordial que el lector tenga también ese deseo de leer para tomar conciencia y actuar en contra de un statu quo que da ventajas a unos, los hombres de pro, y dificulta el camino a otros, los que se alejan de una centralidad marcada por el hegemónico masculino que impone el patriarcado en la segunda mitad del siglo XX en España.

Ae

BIBLIOGRAFÍA

CASTILLA DEL PINO, *Carlos: Pretérito imperfecto*. Barcelona: Tusquets, 1997.

CONTE, Rafael: «Luis Antonio de Villena. Narrador del fin de siglo», *Revista Litoral*, núm.188 (1990), pp. 39-42.

DELGADO, Fernando G.: «A favor del exceso. Dos calas en la obra de Luis Antonio de Villena», *Revista Litoral*, núm. 188 (1990), pp. 43-48.

ELLIS, Robert Richmond: «Camping It up in the Francoist Camp: Reflections on and in “Ante el espejo” of Luis Antonio de Villena», *MLN*, vol. 110, núm. 2, Hispanic Issue (Mar. 1995), pp. 320-334.

GUMBRECHT, Hans Ulrich: «Literature and Bliss», *Seminar Comparative Literature: Divisions of Literatures, Cultures and Languages*. Stanford University (March 15, 2018).

MASSUMI, Brian: *Politics of Affect*. Cambridge: Polity Press, 2015.

MASSUMI, Brian: «The Autonomy of Affect», *Cultural Critique*, núm. 31, «The Politics of Systems and Environments», Part II (Autumn, 1995), pp. 83-109.

MOLINA QUEIROZ, Luciana: «Na presença de Hans Ulrich Gumbrecht: uma entrevista», *Remate de males*, Campinas-SP, vol.38, núm. 2, (jul./dez. 2018), pp. 1083-1106.

NGAI, Sianne: *Ugly Feelings*. Cambridge, Massachusetts (EUA): Harvard University Press, 2005.

VILLENA, Luis Antonio de: *Mi colegio*. Barcelona: Península, 2006.

VILLENA, Luis Antonio de: *Ante el espejo: memorias de una adolescencia*. Barcelona: Argos Vergara, 1982.

VIRNO, Paolo: «The Ambivalence of Disenchantment», en Paolo Virno y Michael Hardt (eds.): *Radical Thought in Italy: A Potential Poitics*: University of Minnesota Press, 1996, pp. 13-36.